

BARRISMO EN MEDELLÍN: DE LA VIOLENCIA A LA CONSTRUCCIÓN DE SUJETOS POLÍTICOS*

SANTIAGO CARMONA CARDONA**
ANDRÉS FELIPE ROMÁN BEDOYA***

RESUMEN

Las lógicas barristas al interior de un país como Colombia, y particularmente en una ciudad como Medellín, se han visto transversalizadas por contextos plagados de disensos y conflictos. Así, bajo un entorno hostil los barristas de la ciudad vieron, en un primer momento, que la violencia era una manera de efectuar el pago de su acceso a un contexto violento, en el que las prácticas individuales podían responder, a la vez, a la configuración de un ser colectivo organizado, que, en torno a un club de fútbol, reproducía prácticas sedimentadas de violencia en un escenario como el estadio. Con esto presente, la tarea es analizar, mediante la barra «Los Del Sur», cómo posteriormente esta violencia posibilitó la transformación de las prácticas barristas en la ciudad, pasando de ser violentas a ser un referente de prácticas cívicas. Allí, la falla constitutiva del orden social que señala Ernesto Laclau ofrece las posibilidades conceptuales de pensar la apertura de lo político y, en este caso, la constitución de nuevos sujetos políticos. En esta medida, lo que se vislumbra es cómo la configuración de la barra como sujeto portador de derechos políticos ha presupuesto un giro en el marco interpretativo de acción de esta, propiciando la formación de una ciudadanía diferenciada y una irrupción en el *statu quo* del contexto y del imaginario barrista.

PALABRAS CLAVE

Barrismo, Los Del Sur, dislocación social, contextos de violencia prolongada, identidad.

* Artículo de reflexión derivado de la ponencia presentada con el mismo título en el 9° Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (Alacip). Montevideo, Uruguay, del 26 al 28 de julio de 2017.

** Estudiante de Ciencia Política de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia). Correo electrónico: scarmona231@gmail.com.

*** Estudiante de Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: afelipe.roman@udea.edu.co.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Carmona, S. y Bedoya, A. (2017). Barrismo en Medellín: de la violencia a la construcción de sujetos políticos. *Revista de Estudiantes de Ciencia Política*, 11-12, 98-118.

«Entender la realidad social no consiste en entender lo que la sociedad es, sino aquello que le impide ser».

Ernesto Laclau¹

INTRODUCCIÓN

Esbozando un panorama, se puede plantear que el fútbol como hecho político se materializa en tres campos generales: el primero se configura cuando se observa como estrategia política de gobernabilidad, es decir, el fútbol en tanto se entiende como una estrategia que permite a los gobiernos respaldar procesos políticos, controlar masas y encubrir situaciones que puedan alterar el orden público². En segundo término, el tinte político en el fútbol se denota en la construcción de acción colectiva o movimientos sociales (barras) con carácter o fines de reivindicación social o nacional³. En última instancia, el fútbol es un fenómeno político en la medida en que se pueden concebir a dichas instituciones deportivas (clubes y confederaciones) como entidades que pueden detentar y ejercer poder sobre las personas⁴.

1 Rescatado del texto *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990, p. 61).

2 Francisco Alcaide, en su libro *Fútbol: fenómeno de fenómenos*, hace referencia a este tipo de situaciones citando varios ejemplos, entre ellos el caso italiano con el Mundial de 1934, que se instrumentalizó para exaltar, con el triunfo de la selección italiana, al régimen fascista de Benito Mussolini.

3 Este caso se visualiza cuando los clubes o los grupos de hinchas se apropian y respaldan movilizaciones con respecto a coyunturas sociales específicas. Igualmente, se refiere a barras con una impregnación ideológica, en el caso europeo se denominan «ultras»; como ejemplo se puede referenciar a los «Boixos Nois», los ultras del F. C. Barcelona, quienes respaldan abiertamente la postura independentista de Cataluña sobre España. Otro ejemplo es la «Curva Nord Livorno», ultras de A. S. Livorno, del Calcio de Italia, quienes históricamente han estado ligados al partido comunista de Italia. Se recomienda revisar *Ultras. Culturas del fútbol*, de Teresa Adán (2004).

4 Los clubes como entes de poder tienen la capacidad de incidir en el comportamiento de las personas, especialmente de los seguidores, a quienes pueden transmitirles posturas políticas. Para ampliar información mirar *La cuestión de la identidad en Cataluña*, de Guido Fontanarrosa (2012), y *Fútbol como estrategia política. El estudio de caso: Joan Laporta en las elecciones catalanas de 2010*, de Marta Sánchez Hunt (2013).

Es el segundo hecho en el que se inscribe este escrito mediante el análisis de la producción de movimientos y acciones colectivas en los que se reflejen las características de ambas, es decir, tanto de los movimientos como de las acciones colectivas que surgen alrededor del deporte y, particularmente, en torno a los clubes de fútbol. Estos poseen unas lógicas y dinámicas propias que, a su vez, pueden ser producto, reproducción o respuesta de un discurso o contexto específico⁵.

El desarrollo de este escrito iniciará brindando un análisis conceptual para comprender los procesos de construcción identitaria en contextos de conflicto; posteriormente, se esboza un panorama general de las coyunturas de violencia bajo las cuales surge y se ha desarrollado el barrismo en la ciudad de Medellín; en un tercer momento, se relaciona el estudio de caso con la teoría analizada y, por último, se exponen una serie de conclusiones.

REFERENTES CONCEPTUALES

Este trabajo parte de tres referentes conceptuales claves que sostendrán todo el análisis de los diferentes elementos observados. En primer lugar, se partirá de entender que existen unos factores del entorno en el cual se desenvuelve el barrismo en Medellín que pueden facilitar o limitar la construcción de esas nuevas identidades barristas y, por ende, de aquellos sujetos políticos. Estos factores se podrían entender, en términos de Adriana González Gil (2009), como elementos que componen un contexto de violencia prolongada, es decir, un «contexto en el que la violencia se instala como estructurante-desestructurante de lo social» (pp. 2-3). Precisamente, esta categoría nos lleva inevitablemente a distanciarnos de un enfoque positivista de la violencia, para adoptar una postura que entiende la violencia como elemento instituyente, a saber, como «elemento presente simultáneamente en procesos de disolución social y de cohesión que, bajo determinadas circunstancias, deviene en factor “estructurante” de lo político y lo social» (González, 2009, p. 4). Ahora bien, este distanciamiento conlleva necesariamente comprender que el análisis de los contextos violentos y su relación con la configuración de actores colectivos pasa por entender el territorio como «el marco socioespacial en donde se producen los recursos materiales y simbólicos de una colectividad» (González, 2009, p. 6). O sea, como aquel

5 Principalmente se hace referencia a la constitución de identidades como respuesta a un contexto violento, aquí la violencia, más que práctica, es un contexto posibilitador. La transformación de la identidad barrista durante y después de los periodos violentos es lo que se analiza.

escenario configurado por factores económicos, sociales, culturales y políticos susceptibles de producir conflictos; igualmente, está vinculado directamente con los procesos de configuración de identidades colectivas, ya que es allí donde estas se realizan a través de su construcción, apropiación o control.

En segundo lugar, es en estos contextos de violencia prolongada en los que se profundiza lo que Ernesto Laclau denomina «dislocación de lo social»: si se entiende que todo orden tiene una falla constitutiva —por exceso y por defecto, según la tesis posfundacional— y que fracasa al constituirse como una objetividad, pueden ser estos contextos de violencia prolongada la muestra que prueba la tesis histórica de que hay ordenes más dislocados que otros, constituyéndose como escenarios donde se hace aún más necesario otorgar significado a situaciones que antes permanecían naturalizadas e invisibilizadas, dando lugar, de esta manera, a la acción colectiva. Lo que interesa a este trabajo es la manera como dicha profundización de la dislocación social genera una crisis de las formas de la interacción y la comunicación establecidas al tiempo que crea condiciones para la emergencia de nuevos sujetos.

Es de esta manera como la propuesta de Laclau toma fuerza en este trabajo, ya que permite entender el contexto de violencia prolongada como un orden que falla, pero no es una falla total, puesto que la experiencia muestra que son ciertas áreas de la vida social las que están dislocadas y solo pueden ser reconstituidas a partir de una decisión, la decisión de resistir a prácticas sedimentadas de violencia, en las que se obedece a un mecanismo de repetición en cual no se es sujeto. Y esto es lo importante, pues la toma de tal decisión crea la necesidad de una identificación de tipo nuevo, en este caso, el barrismo. En otros términos, el barrismo como fenómeno configurador de sujetos políticos está ligado directamente a un contexto de violencia prolongada, donde las experiencias de dislocación funcionan como límite y como condición de posibilidad en la constitución de dichos sujetos.

En tercer lugar, y a partir de todo lo anterior, se entiende que el fenómeno de constitución de dichos sujetos políticos involucra igualmente un proceso de construcción de identidad, identidad como construcción y no como atributo, lo cual corresponde a «abordar el proceso que da lugar a nuevos significados y definiciones compartidas, con los que los sujetos atribuyen sentido a su situación y al entorno en el que están inmersos» (González, 2009, p. 8). De manera que lo que se busca resaltar nuevamente es que «el contexto de violencia prolongada deviene en un sello que incide en la construcción de identidades» (González, 2009, p. 8), en este caso, la barrista. Lo anterior, si se tiene en cuenta que, según Alberto Melucci:

La identidad colectiva es una definición interactiva y compartida, producida por varios individuos y que concierne a las orientaciones de acción y al ámbito de oportunidades y restricciones en el que tiene lugar la acción: por «interactiva y compartida» entiendo una definición que debe concebirse como un proceso, porque se construye y negocia a través de la activación repetida de las relaciones que unen a los individuos. (Melucci, 1994, p. 172)

Es así como, en este contexto de violencia prolongada y dislocación social, cobra relevancia el concepto de identidad, puesto que es este un escenario donde, a través de la positivización de la falta de relación social en las formas establecidas, se crean las condiciones para la emergencia de nuevos sujetos políticos y sociales.

MEDELLÍN, UNA CIUDAD DE PERÍODOS VIOLENTOS

Exponer un panorama general de la ciudad de Medellín durante el período histórico bajo el cual se empiezan a configurar las primeras barras (en los sectores populares de los estadios) es de vital importancia, debido a que posibilitará identificar los matices y particularidades que en un inicio pudieron haber impregnado las condiciones sociales y contextuales en la configuración del fenómeno barrista en la ciudad.

Medellín es la segunda ciudad de mayor relevancia en el país, es la capital del departamento de Antioquia, un departamento que, entre las décadas de 1990 y el 2000, fue uno de los epicentros del conflicto en Colombia, debido a la coexistencia de diversos grupos armados ilegales que se disputaban estratégicamente el territorio rural y urbano. Esto generó, en consecuencia, una gran cantidad de desplazamientos forzados desde zonas rurales hacia la ciudad como también el desplazamiento intraurbano dentro de la misma ciudad. Administrativamente está dividida en 16 comunas y cinco corregimientos, cuenta aproximadamente con una población de 2.417.325 habitantes, representando el 42 % de la población de Antioquia; paralelamente, el 80 % de la población se encuentra ubicada en los estratos 1, 2 y 3 que, de acuerdo al sistema de medición colombiano, representa a los hogares con mayores necesidades insatisfechas (Ramírez, 2013).

En efecto, si bien la desigualdad y la brecha social es notable en Medellín, la pobreza no se configura continuamente como mecanismo de explicación causal

de la preminencia de la violencia en la ciudad⁶, solo es un factor contextual explicativo:

Entre 1980 y el 2012, han sido asesinadas en Medellín 87.104 personas. En este periodo, se puede identificar de manera general una tendencia a la disminución, con dos puntos extremos, el año 1991, con el mayor número de homicidios y la mayor tasa por cada cien mil habitantes hpccmh (6349, 380.6 respectivamente), mientras el año con el menor número de homicidios fue 2007, con 771 casos, para una tasa de 34 hpccmh. (Gil, 2013, p. 5)

Max Yuri Gil Ramírez (2013) identifica las tres principales coyunturas de violencia homicida que ha enfrentado la ciudad de Medellín: año 1991, con 6.349 homicidios; año 2002, con 3.721 y año 2009, con 2.190. Si bien los números muestran una tendencia al descenso de homicidios, sigue existiendo una violación desmedida al derecho a la vida en la ciudad; en consecuencia, el principal factor explicativo de la violencia homicida en Medellín se encuentra fundamentalmente en la constitución de un entramado criminal dedicado a actividades ilegales, principalmente narcotráfico (Gil, 2013).

Es precisamente en el periodo poscartel de Medellín en el cual nacen las barras populares en Medellín y, simultáneamente, es uno de los periodos más violentos que ha afrontado la ciudad. La violencia que se efectuó en la ciudad entre los años 1998 y 2003 se caracterizó por la consolidación de la hegemonía de la Oficina de Envigado, un grupo que, desde sus inicios, bajo el mando de Diego Murillo Bejarano, alias Don Berna, mostró una tendencia a estar relacionada con grupos paramilitares, principalmente con las Autodefensas de Córdoba y Urabá (Gil, 2013).

Tras la constitución en 1997 de la confederación Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), la Oficina de Envigado optó por realizar dos acciones:

La primera, reconvertir las estructuras criminales en lógica paramilitar, para lo cual se crea el Bloque Metro, en el cual confluyen los grupos de narcotráfico y de delincuencia urbana local más cercanos a la Oficina (...). La otra acción es que esto demandaba hacer de los narcoparamilitares el grupo hegemónico en la ciudad y esto se expresa en dos confrontaciones, primero la cooptación y en caso de negativa el sometimiento por medio de la fuerza de los grupos delictivos de la ciudad que se resistieron a la

6 Si bien existen diversos tipos de violencia, aquí se hace referencia a la homicida.

centralización (...). Luego se desató una feroz ofensiva contra los grupos milicianos que actuaban en varios sectores de la ciudad, ello significó la entronización de los paramilitares como nueva fuerza hegemónica. (Gil, 2013, p. 7)

Estas acciones aportaron 20.000 homicidios entre 1998 y 2003. Sin embargo, tras la ruptura interna que experimentó el Bloque Metro en torno al narcotráfico, en 2001 surge el Bloque Cacique Nutibara que, tras varios combates, desaloja al Bloque Metro del territorio. Bajo un marco de diálogos del Gobierno con las AUC, los diferentes bloques de autodefensas se desmovilizaron el 25 de noviembre de 2003 (Gil, 2013).

Luego de un periodo de descenso en homicidios entre 2003 y 2007, en 2008 se vuelve a presentar un recrudecimiento de la violencia homicida en la ciudad. Este nuevo episodio de violencia tiene como causa la incapacidad de la Oficina de Envigado de consolidar un jefe indiscutido tras la extradición de alias Don Berna:

Entre 2009 y mediados del 2012 los protagonistas de esta confrontación fueron dos jefes de segunda línea en la estructura construida por Don Berna, alias Valenciano y alias Sebastián, ambos capturados posteriormente por las autoridades nacionales (...). Sin embargo, esta recomposición del mundo criminal no ha culminado, pues, aunque son capturados algunos cabecillas visibles, los negocios y las estructuras siguen funcionando. (Gil, 2013, p. 8)

De forma transversal, en estos periodos de violencia se han generado diversos procesos de desmovilización, pactos y treguas tanto formales como informales que han menguado parcialmente la violencia homicida en la ciudad. Sin embargo, la importancia de analizar esta información estriba en vislumbrar que el fenómeno barrista de la ciudad de Medellín se ha visto obligado a desarrollarse bajo un contexto de violencia al cual no ha sido ajeno, pero, como se apreciará más adelante, la violencia como falla constitutiva del orden social permitió a la identidad barrista configurarse como una entidad que promueve prácticas cívicas⁷.

7 Las prácticas refieren al repertorio de acciones que continuamente llevan a cabo los barristas. En esa medida, lo que se intenta exponer es que, si bien en un principio estas se tornaron violentas (riñas, hurtos, consumo de drogas, predisposición hostil hacia otros aficionados), posteriormente sufrieron un cambio, siendo los proyectos de intervención social enfocados a la convivencia y a la promoción de actividades culturales o artísticas que, empleadas, pretenden generar ciudadanos más participativos en el campo social y político.

RELACIÓN TEÓRICA CON ESTUDIO DE CASO

Los Del Sur, surgir en un contexto violento

Los Del Sur se configuran como la barra más representativa de Atlético Nacional S. A., es la más grande de Colombia, cuenta aproximadamente con 40 filiales a nivel nacional, su origen data de noviembre de 1997 en la ciudad de Medellín (Sierra, 2015). Surge inmersa en la mayor confrontación armada que ha vivido el país, la cual afectó tanto a zonas urbanas (ciudades) como al campo; todas fueron asediadas por el asentamiento de actores ilegales y por los enfrentamientos de estos con la fuerza pública.

Ser barrista en aquel momento no solo era contar con amor y pasión por un equipo, representaba también estar dispuestos a asumir una variedad de peligros:

Viajar por estas carreteras a principios de milenio fue poner en riesgo nuestras vidas, nuestros carros, los conductores, pero no nuestra pasión, por lo que nunca dejamos de hacerlo, ni cuando el ELN nos retuvo a la altura de San Luis (...) ni cuando debíamos pasar por el Magdalena Medio (cuna del paramilitarismo) cuando íbamos a Bogotá, Bucaramanga, Cúcuta, Ibagué, Neiva, Villavicencio, etc. (Martínez, 2016, p. 138)

Como se mencionó en el apartado anterior, la ciudad de Medellín no fue ajena al conflicto, por el contrario, fue un territorio disputado por diversos actores ilegales (bandas delincuenciales, paramilitares, milicias urbanas, etc.). La ciudad se encontraba dividida por barrios donde se configuraban fronteras que delimitaban el territorio controlado por cada actor.

En los primeros años del nuevo milenio se generaron enfrentamientos violentos con barras de otros equipos, pero en varias ocasiones también se presentaron disputas violentas internamente, en la misma tribuna, entre los miembros de la misma barra (Martínez, 2016), confrontaciones que respondían más asuntos personales que a problemas de la organización.

Lo descrito permite llegar a dos afirmaciones preliminares: en primera instancia, que la violencia que se presentaba dentro de la barra no era *per se* un atributo de esta, pues más bien era la reproducción de un conjunto de prácticas hostiles que los integrantes de la organización interiorizaban al encontrarse inmersos en un contexto de violencia; segundo, los enfrentamientos no se pueden atribuir causalmente a temas relacionados con la barras o el fútbol en general —al menos en un primer momento—, esto es, las disputas venían configuradas por asuntos externos, por asuntos particulares de los integrantes.

Asuntos que a nuestro entender son el resultado de una amalgama de factores de carácter heterogéneo y que dibujan el cuadro clínico del conflicto urbano en la ciudad, factores que van desde

La aún precaria legitimidad del Estado en todas sus ramas del poder, pasando por los procesos culturales y simbólicos de construcción de ciudad, la crisis socioeconómica del país y de la región, la irrupción de otros actores armados con gran capacidad logística y operativa, el desajuste estructural del tejido urbano a causa del desplazamiento forzado, entre otros. (Moreno, 2003, p. 195)

Hasta este punto se vislumbra que la emergencia del fenómeno barrista en la ciudad de Medellín se configura, como lo menciona Adriana González Gil (2009), bajo un *sello* definido por la presencia de la violencia. No obstante, si bien Los Del Sur inicialmente estuvieron sumidos en la naturaleza conflictiva de su sociedad, posteriormente también reconocieron en el conflicto un rasgo que permite iniciar procesos de cambio que no suponen la presencia de la violencia.

Así, es preciso observar entonces cómo una falla constitutiva del orden social, como los contextos de violencia prologanda, no solo hace que emerjan identidades, sino que también posibilita que estas se desconstruyan y se resignifiquen por sus vivencias, por sus experiencias (González, 2009), y, continuamente, hagan que el accionar del colectivo se reestructure en pro de atender otros objetivos.

DISLOCACIÓN SOCIAL, UN MOMENTO DE APERTURA

La configuración de los barristas como sujetos políticos supone abordar preguntas como las que siguen: ¿Cómo afecta la violencia el proceso de constitución y afirmación como sujeto político del barrista? ¿Cómo se explica el proceso de construcción de sentido de sus acciones en el marco de la violencia? Responder a estas preguntas significa, en primera instancia, volver sobre aquello que Ernesto Laclau denomina dislocación social:

La dislocación es la fuente de la libertad (...) esta no es la libertad de un sujeto que tiene una identidad positiva —pues, en tal caso, sería tan solo una posición estructural— sino la libertad derivada de una falla estructural, razón por la que el sujeto solo puede construirse una identidad a través de actos de identificación. (Laclau, 1993, pp. 58-60)

De esta manera, el proceso de configuración del barrista como sujeto político en Medellín pasa por el reconocimiento de una experiencia contextual compartida, una pertenencia territorial común, unas condiciones de vida similares en las que la exclusión y la marginalidad como fallas estructurales juegan un papel importante en la construcción de móviles para la acción o para la resistencia, esto en la medida en que generan una crisis en las formas establecidas de relación social y una ruptura de las formas de comunicación e intercambio. Es allí precisamente donde, según Laclau, se crean las condiciones para la emergencia de nuevos sujetos políticos y sociales.

Ahora bien, vale la pena mencionar que los nuevos sujetos representados en los barristas no emergen sencillamente, sino que su aparición está llena de ambivalencias y tensiones. Esto en la medida que luchan contra el orden o, mejor aún, contra el desorden que hizo posible su existencia. Así, este estudio de caso con una organización barrista, sin asumir su proceso de configuración como actores colectivos en los términos de un embrionario movimiento social, nos muestra que la tendencia organizativa, que ha estado presente durante el período que abordamos, y los desafíos que supone para los barristas avanzar en procesos de construcción de sentido de su acción y la red de relaciones que establecen son condiciones derivadas de la interacción con un proyecto de sociedad que no tiende a la inclusión de todos los individuos y colectividades. Tal carencia, «no obstante, hace parte del proceso de identificación que busca superar la desarticulación e incertidumbre en que han estado inmersos» (González, 2009, p. 132).

Ciertamente, las experiencias organizativas de la barra Los Del Sur, que serán descritas más adelante, si bien están enmarcadas en el horizonte teórico de la construcción subjetiva de intereses individuales y colectivos como base de la configuración de la identidad, en los que se reflejan complejos procesos de interacción y negociación, no pueden desestimar el hecho de que los intereses de esta organización barrista suelen estar determinados, al menos parcialmente, por la condición misma de violencia de falla estructural. A partir de esto es que

(...) los miembros de la barra Los Del Sur se plantean la necesidad de aportar a la transformación de las condiciones de vida en la ciudad, pero también de esas prácticas y herencia de violencia que se padece desde la década del 80. Cansados de la violencia del narcotráfico, de la guerra sucia contra los movimientos sociales, de la guerra y control de las

milicias que también cometían atropellos, de la descomposición en la violencia insurgente, de la violencia social y política, de las masacres, desapariciones, desplazamiento y control del paramilitarismo, de la seguridad democrática, del terrorismo de Estado... de todas las formas de violencia, incluida, en este caso, las nacientes barras de fútbol como parte de ese país desbordado en violencia. Por ello se planteó comenzar a trabajar por disminuir los niveles de violencia entre barras y dentro de la barra, ya que también llegó a suceder. (Hoyos, 2016, p. 140)

Lo anterior nos muestra cómo la falla estructural se positiviza en el sentido de la transformación de esas prácticas y herencias de violencia, es decir, desde la barra se tiene la experiencia de que ciertas áreas de la vida social están dislocadas y solo pueden ser reconstruidas a partir de una decisión, la decisión de resistir las prácticas de violencia sedimentadas en la ciudad y que llevaban a obedecer un mecanismo de repetición en el que no se es sujeto. Ahora bien, esta decisión crea la necesidad de una identificación de tipo nuevo, la cual determina que «la identidad de la barra estaba por encima del conflicto, de la disputa que se pudiera tener en los barrios. La barra, cohesionada como grupo que crea una identidad que hay que respetar» (Hoyos, 2016, p. 142).

Es así como un grupo de jóvenes, que conforman la barra Los Del Sur, a partir del momento de decisión se comprenden como sujetos libres con una gama de posibilidades de acción para resistir a las prácticas de violencia establecida y, a partir de allí, orientar el control de las expresiones violentas de sus integrantes a través de una transformación del concepto que tienen los jóvenes y la sociedad sobre la ciudad y sus barrios. Con esto buscan propiciar un cambio en sus prácticas, para, de esta manera, ir constituyendo una resistencia a través de la construcción de un «autorreconocimiento de la identidad colectiva, que implica una conciencia de las expectativas y una evaluación de las posibilidades y límites de su acción para determinar la concepción sobre sí mismo y su ambiente» (Londoño, 2011, p. 110).

Como se ve, hay un proceso de configuración de una organización que asume la construcción de lo político fundamentada en sujetos políticos históricos y productores de sentido, ya que involucra la sensibilidad común y «busca propósitos de transformación de pensamientos y comportamientos que faciliten las relaciones responsables con los otros y su entorno, a partir de la definición de unos mínimos de entendimiento y unos protocolos de actuación que permitan la convivencia» (Londoño, 2011, p. 110). Lo anterior se ve reflejado particularmente desde el año 2004, pues la barra

(...) se planteó como estrategia que ante cualquier problema que se presentara en la tribuna entre dos personas o dos grupos, la respuesta inmediata no fuera la reacción violenta, como es la costumbre en los barrios, sino que se buscara siempre la mediación del Comité Central. Esto dio resultado, con algo que puede parecer sencillo en otros países, pero en una ciudad como Medellín hacer que un joven de barrio no reaccione violentamente ante algo que le hacen sino que busque una mediación, por la palabra y luego se someta a la decisión del grupo es por lo menos algo muy importante para la barra y la ciudad. (Hoyos, 2016, p. 142)

Fenómenos como el anterior dan cuenta de una barra que, motivada por factores externos, ve la necesidad de constituir vínculos a partir de la convicción de que organizados como colectivo pueden generar cambios en el mundo de lo social. Se muestra de esta manera a la barra, la cancha y la ciudad como lugares en los cuales se puede llevar al plano de lo cotidiano la posibilidad de superar los límites impuestos por la propia realidad para lograr satisfacer las demandas más inmediatas. En consecuencia, en el momento en que Los Del Sur identifican la organización como un escenario para desarrollar un ejercicio de participación articulan un objetivo histórico como la resistencia a la violencia de la ciudad, así como algunos objetivos específicos como la ampliación ciudadana, la transformación del imaginario social y la subversión del paradigma barrista.

Plantear la articulación de un objetivo histórico con ciertos objetivos específicos nos trae nuevamente a la idea de dislocación social, en la medida en que dicha articulación es muestra de que en un contexto de violencia prolongada, en el que los procesos de expansión de la dislocación se hacen más evidentes, la barra como espacio abierto para la consolidación de una nueva subjetividad produce una apuesta para poner en cuestión la naturalidad del orden violento en Medellín. De este modo, se expande como campo de disputas y el terreno para las rearticulaciones moleculares en la subjetividad colectiva que posibilitan la emergencia de nuevos sentidos en su interior para significar las relaciones sociales que componen un orden social históricamente violento.

Esta instancia de la subjetividad colectiva barrista permite un corrimiento, un acto de identificación, de subjetivación (Rancière, 2004) y la apertura de instancias relativamente autónomas de conformación surgidas de la ruptura de la sujeción que genera un contexto de violencia prolongada, surgiendo, de esta manera, la posibilidad de constituir la barra como un lugar donde «el sujeto parcialmente se autodetermina» (Laclau, 1993). Es por esta razón que las

prácticas de participación que se comienzan a fraguar a través de la organización, y que serán evidenciadas más adelante, «son entendidas como formas de acción propias, a partir de las cuales configuran y viven en su cotidianidad el hacer parte de una comunidad política en construcción, e implican la acción como eje de comprensión» (Londoño, 2011, p. 111).

De manera que, para entender que la reconfiguración de la subjetividad colectiva en un espacio como la barra «constituye la posibilidad de construcción de sujetos políticos con capacidad de acción y lucha por el orden social» (Retamozo, 2009, p. 86), es necesario aclarar que

Los Del Sur rompemos con muchos de los paradigmas de las barras en Suramérica y en el mundo, pues entendemos que su ámbito de acción va más allá de la tribuna, desde la cual apoyamos y alentamos al equipo cada partido. La barra es así, un grupo potencial de trabajo con y para la ciudad, la familia, el barrio, los vecinos, etc.; esta convicción nos ha llevado a construir múltiples proyectos sociales y culturales, con los cuales, desde el interior de la barra, con nuestros integrantes, hemos logrado un impacto muy fuerte en los barrios y en la ciudad en general. (Hoyos, 2016, p. 143)

Como se ve, Los Del Sur entran en una disputa por la conformación del orden social a partir de una transformación del paradigma barrista, inscribiendo «sus prácticas en la esfera política, involucrando aspectos internos como la constitución de las relaciones y la identidad» (Londoño, 2011, p. 113) y con aspectos externos representados en las complejas relaciones de poder que se desarrollan en Medellín, porque, según Raúl Martínez Hoyos (2016), «esta ciudad... esta ciudad de tanta violencia también produjo una barra comprometida con la transformación de su ciudad» (p. 143).

De ahí que este autoreconocimiento como ciudadanos deja en evidencia que la barra, como catalizador político, tiene tras de sí agentes que

(...) no son instrumentos ciegos o meros sustentadores de las estructuras por la simple razón de que estas últimas no constituyen un sistema cerrado sino que están surcadas por antagonismos, amenazadas por un exterior constitutivo, y tienen meramente una forma débil o relativa de integración. Esto requiere constantes actos de recreación de los complejos institucionales por parte de los agentes: esto es lo que constituye la práctica de la articulación. (Laclau, 1993, p. 233)

Es decir, la articulación, entendida como «una práctica que establece relaciones entre elementos de tal manera que la identidad de los mismos es modificada como resultado de la práctica articuladora» (Laclau y Mouffe, 1987, p. 125), brinda pistas para entender que en un espacio abierto, como lo es la barra, se producen subjetividades a partir de las mismas prácticas articuladoras que allí tienen lugar, lo cual permite superar una idea esencialista sobre sujetos preconstituidos en contextos de violencia prolongada. Se aprecia entonces que la identidad de estos sujetos sociales tiene un carácter puramente relacional en tanto se construye a partir de su articulación al interior de una barra, Los Del Sur.

Al llegar a este punto, es posible entender que «la construcción de un sujeto social y político reconocido y válido en la interlocución al interior de la barra, con la comunidad y además con todas las instituciones del Estado local y nacional» (Hoyos, 2016, p. 143) pasa por un proceso en el que los jóvenes integrantes de la barra comienzan a reconocerse a sí mismos como parte de un sistema de relación, en el que las acciones del colectivo influyen en las prácticas individuales, y estas afectan directamente los objetivos del grupo. Conforme con esto y, «ante una tensión constante que los lleva a transitar por el límite entre violencia y política, surgen sistemas normativos internos, estructurados en una búsqueda de corresponsabilidad entre lo individual y lo colectivo» (Londoño, 2011, p. 117).

Conviene advertir que si bien los procesos al interior de la barra son importantes para comprender las prácticas que desde ella se plantean, es la lógica barra-contexto, con sus particularidades microsociales, la que nos interesa de cara a dilucidar la constitución de un actor emergente, como la barra Los Del Sur. Y es en la tarea de dilucidar su emergencia en la que cobra importancia ya no solo su constitución como sujetos político, sino necesariamente la construcción de identidad que aquello inevitablemente conlleva. Ciertamente, se enfatiza en la relevancia del binomio barra-contexto, y se le presta principalmente atención a

(...) su configuración como un proceso socioespacial en el que convergen las representaciones sociales del mismo y la configuración de las identidades de los distintos actores sociales, que en nuestro caso adopta rasgos específicos en virtud de su estrecha relación con el predominio de la violencia. (González, 2009, p. 121)

SOBRE LA IDENTIDAD

La dislocación social representa en definitiva «la incapacidad de establecer con éxito una fijación definitiva de la identidad y del orden social» (Gadea, 2008, p. 14). Dicho de otra forma, tras la dificultad de constituir una objetividad definitiva, se presenta una emergencia de nuevas identidades que, como consecuencia de una falla en la estructura, se caracterizan por no ser homogéneas por dentro —al menos en su totalidad—.

Este factor se agrava en el capitalismo avanzado, en la medida en que se multiplican los efectos dislocatorios, pues cuanto más espacios existen, mayor es la fragmentación que sufre el poder y la identidad social. Así pues, a mayor fragmentación, mayor agudización de la crisis de identidad y, por lo tanto, más amplio se tornará el campo de acción para emprender nuevas estrategias de defensa de esa identidad, surgiendo, de esta manera, nuevas identidades sociales. (Gadea, 2008, p. 14)

En efecto, lo que se vislumbra es que las barras de fútbol son diferentes entre sí, la forma de estructurarse internamente, la forma de actuar y la manera de cohesionarse se torna diferente para cada caso; de esta forma, se entiende que cada barra es particular y la conformación interna de cada una es heterogénea.

En Los Del Sur, entonces, se encuentran muchas posturas políticas y sociales, izquierda, derecha, socialdemócratas, liberales, conservadores, comunistas, socialistas, el Polo, la Marcha Patriótica, el Congreso de los Pueblos... Todos los sectores sociales se reúnen en una tribuna. No se puede pretender que desde el inicio y desde sus orígenes la barra tuviera clara muchas de las cosas que ahora muestra. (Martínez, 2016, p. 139)

Por lo anterior, la identidad no debe concebirse como un atributo dado, sino comprenderse como una construcción que forjan los sujetos en relación con otros elementos de identificación. Este exterior, que existe alrededor de una identidad, posibilita delimitar y consolidar las fronteras de esta (González, 2011); se configura entonces una diferenciación clara entre lo que constituye el «nosotros» y lo que constituye el «ellos», Los Del Sur frente a otras barras, frente a otros actores formales e informales que se encuentran a su alrededor.

LA IDENTIDAD BARRISTA, VISLUMBRANDO
UN NUEVO TIPO DE CIUDADANÍA

La identidad tiene la capacidad de conglomerar un conjunto de personas en torno a un club de fútbol de forma continua, con la particularidad de que no solo reúne, pues, como se ha visto, también cuenta con la capacidad de producir niveles de organización y estructuración dentro de un grupo de aficionados con una mayor cohesión y operacionalización de su accionar.

El elemento identidad va a posibilitar la generación de ciudadanía que se escapan de la tradicional ecuación «ciudadanía-nacionalidad» y, para explicarlo, se trae como referencia al autor Étienne Balibar. Este autor señala que la ciudadanía, en un primer momento, ha obedecido a criterios de nacionalidad, a la construcción de fronteras y la consolidación de lo que se denomina «soberanía».

(...) lo que de algún modo ha recreado la ciudadanía nacional, a través de diferentes episodios críticos, es fundamentalmente el pacto social, es decir, el hecho de que la ciudadanía llegue a ser una ciudadanía social, indisociable de la conquista y del beneficio de los derechos sociales. (...) la pertenencia a la nación se ha convertido en la condición esencial para el goce de los derechos sociales, el hecho de que, recíprocamente, el reconocimiento de esos derechos sociales (cuyo principio está inscripto en la Constitución) haya sido posible por haberse ubicado en una política de potencia y de afirmación de la soberanía nacional, es lo que yo llamo, de una manera intencionalmente provocadora, el Estado nacional-social. (Balibar, 2004, pp. 103-104)

Lo que el autor sostiene es que lo que permite que perviva la ecuación ciudadanía-nacionalidad es el goce y disfrute de los diferentes derechos sociales que solo se pueden hacer efectivos en un territorio bajo una soberanía, de lo contrario, la ciudadanía sin esta característica sería muy difusa. Se ha partido pues de una visión de la ciudadanía que responde a lógica Estado-céntrica, no obstante, lo que Balibar propone es que la ciudadanía también puede ser abordada desde una lógica socio-céntrica, la cual puede configurar identidades diferenciales, en las que la ciudadanía no solo se esboza en términos estatales, sino que también se configura a través de las identidades compartidas de un individuo con los demás.

(...) la identidad es una noción vasta, abstracta, casi metafísica. Se hace un poco más concreta si se relaciona con la de pertenencia. Podemos partir de la hipótesis de que a toda identidad corresponde un sentimiento de pertenencia, y recíprocamente la identidad es ciertamente, para cada uno, una manera de relacionarse consigo mismo, pero no hay identidad para un individuo aislado. (...) diré que la identidad y la pertenencia viajan entre la adherencia y la adhesión: por un lado, aquello a lo cual uno está pegado, y por el otro, la comunidad que se elige, el cual se entra o se cree poder entrar y salir libremente. (Balibar, 2004, pp. 112-113)

Lo que se genera en torno a los clubes de fútbol son pertenencias muy duraderas que no son tan dependientes (en contraste con la tradicional ecuación Estado-céntrica). Los clubes de fútbol se constituyen entonces en entes que permiten configurar no solo una identidad, sino también apropiación, ya que se tornan generadores de identidades diferenciales.

De esta forma, consolidadas estas identidades, las acciones colectivas que llevan a cabo de forma particular las organizaciones que se generan alrededor de los clubes de fútbol (barras) son manifestaciones y respuestas al contexto en el cual están insertas. Es preciso señalar en este punto que las «barras» no pueden ser comprendidas como movimientos sociales (al menos en el caso colombiano), lo que se debe, en especial, a que estas no demandan derechos propiamente, sino que generan acciones colectivas que respaldan las demandas que se encuentran en un contexto, es decir, más que demandar derechos, respaldan.

Si bien Max Yuri Gil (2013) sostiene que la tercera coyuntura de violencia postcartel de Medellín se materializó en 2009, se podría inferir que ello no afectó, en gran medida, la labor y el nuevo accionar que Los Del Sur, como barra, habían empezado a ejercer desde principios del 2000 cuando empezaron a entender que su quehacer se extendía más allá de la tribuna. La planeación y ejecución de proyectos que aportan al bienestar y a la transformación social de la ciudad se han convertido en elementos sobre los cuales se ha resignificado el sentido de la barra, ya que al concebirse como un grupo potencial de trabajo que actúa no solo por un equipo de fútbol, sino también por la comunidad en la que está inmersa, se han transformado en actores mucho más participativos políticamente, más responsables y, por ende, mucho más influyentes a nivel social y gubernamental.

La mayoría de los proyectos llevados a cabo por Los Del Sur son de carácter comunitario, sin embargo, con el pasar de los años se han ejecutado proyectos que han posibilitado la creación de empresa, que han generado empleo a los

mismos integrantes de la barra y autogestión en sus propias actividades. De esta forma, es preciso señalar que, en un inicio, la mayoría de los proyectos de la barra fueron llevados a cabo autónomamente, sin relación o dependencia de institución pública alguna; «luego, con la consolidación del trabajo, algunas instituciones del municipio de Medellín y del departamento de Antioquia se han vinculado para el fortalecimiento de los proyectos» (Martínez, 2016). Algunos de los proyectos de la barra son:

«Con la pelota en la cabeza», este es un proyecto que cuenta con trece ediciones, se ejerce en relación al fútbol y otras manifestaciones culturales, con este se pretende recoger expresiones artísticas que van desde el dibujo, la literatura, hasta la fotografía; «Los Del Sur en tu barrio... Más allá de la tribuna», con este proyecto se pretende intervenir los diferentes sectores de la ciudad con propuestas basadas en la solidaridad y la cultura, la intervención normalmente es realizada por el grupo de la barra perteneciente al barrio, así, los temas que se trabajan en la formación de los talleres tienen que ver con: derechos humanos, participación política, recreación, formulación y gestión de proyectos; «La navidad verdolaga» es la primera actividad solidaria de la barra que cuenta con la participación popular de los jóvenes en sus barrios, consiste en la recolección de regalos por parte de la barra para luego compartirlos con los niños de los barrios más vulnerables de la ciudad; «La Tienda Barrista» es un local comercial en el cual se fabrican y venden productos de la barra y el club; «Club Deportivo Los Del Sur» es una escuela de fútbol fundada en 2001, integra aproximadamente entre 180 a 200 niños y jóvenes de la ciudad; «AN logística», este proyecto tiene como finalidad la producción de empleo para los integrantes de la barra, los cuales mediante una serie de capacitaciones son instruidos para la organización, montaje y desarrollo de eventos; «Sede Social Los Del Sur» es un espacio cultural de la barra que produce una interacción con la comunidad cercana al estadio Atanasio Girardot. (Hoyos, 2016)

La materialización de los proyectos ha posibilitado que el discurso de la barra no se quede simplemente en retórica, sino que su accionar sea la manifestación más clara hacia el exterior; además, han sido las prácticas las que han manifestado una apropiación por el sentido de responsabilidad, colaboración y participación en los procesos que tienen como finalidad el mejoramiento social.

La barra Los Del Sur ha sido un aporte de dos paradigmas en el barrismo en Colombia: la construcción de un sujeto social y político reconocido y válido en la interlocución al interior de la barra, con la comunidad y además con todas las instituciones del Estado local y nacional; la creación y consolidación del trabajo social y comunitario de la barra con la ciudad en sus múltiples escalas. (Martínez, 2016, p. 143)

Ha sido el actuar de la barra lo que le ha permitido un reconocimiento como sujeto político válido de interlocución ante las autoridades administrativas y gubernamentales del país en sus diferentes niveles, principalmente a nivel local, ya que participa en el Comité Local de Seguridad, Comodidad y Convivencia, mecanismo encargado de garantizar la tranquilidad y seguridad en los estadios colombianos. Igualmente, tras un reconocimiento de la labor de la barra, Los Del Sur fueron invitados a participar en la construcción de la política pública frente al fútbol en el país, que proporcionó como resultado *El Plan Decenal de Seguridad, Comodidad y Convivencia en el Fútbol 2014-2024* (Martínez, 2016).

CONCLUSIONES

El incorporar el contexto de una ciudad como Medellín en el análisis político de la emergencia de formas de sentir en una organización como Los Del Sur permite apreciar la forma en que, en un escenario de ampliación de la falla constitutiva, se consolida un espacio abierto que permite romper con los principios de representación imperantes de la ciudad, a partir de la conformación de sujetos políticos y su identidad como barra, que pone sobre la mesa la necesidad de disputar los sentidos y la producción de discursos que sobre los jóvenes de Medellín se elaboran.

De este modo, señalar las condiciones de producción que una ciudad como Medellín brinda para la construcción de sujetos políticos lleva necesariamente a entender que los procesos de identidad que se desarrollan en la barra conciernen a la lucha por la construcción de lo social, pues es una organización que se disputa aspectos puntuales del orden a través del trabajo social y comunitario. Es así que pensar estos sujetos políticos en estrecha relación con un contexto de violencia prolongada les confiere una centralidad para el análisis de los acontecimientos de disputa por la conformación del orden social de la ciudad.

Igualmente, se identifica que, si bien Los Del Sur surgen en una coyuntura de violencia y continuamente reprodujeron las prácticas hostiles que se efectuaron a su alrededor, fue la dislocación social, la apertura de lo político, lo que permitió que la barra redireccionara su accionar, accionar que, posteriormente, en otras coyunturas de fuerte violencia de la ciudad, no fue permeado ni afectado, es más, la organización se configuró como un actor que preponde por la resistencia y el cambio social.

Así, el reconocimiento como actor político y social se observa como resultado de todo un entramado de iniciativas y proyectos que la barra ha ejecutado voluntariamente, ya que la identidad barrista construida en torno a la responsabilidad y la solidaridad con la comunidad, a la cual se debe la barra, ha llevado a que se configure una ciudadanía con un sentir más participativo y comunitario en los procesos sociales no solo de la ciudad, sino también del país.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Balibar, É. (2004). “De la preferencia nacional a la invención de la política”. Exposición oral presentada el 16 de marzo de 1996 en los Encuentros de Chateauvallon: “La urgencia de comprender. Tolón, Orange, Marignane”.
2. Canosa, M. (2011). En búsqueda de lo político: algunas notas en torno al pensamiento de Ernesto Laclau y Jacques Rancière. *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 5 (2), 161-168.
3. Gadea, W. (2008). Ciudadanía, identidad y hegemonía política en el contexto de la democracia radical. Un estudio sintético del pensamiento de Ernesto Laclau. *Astrolabio: Revista Internacional de Filosofía*, 6, 13-29.
4. Gil, M. (2013). Medellín 1993-2013: una ciudad que no logra encontrar el camino para salir definitivamente del laberinto. *What Happens When Governments Negotiate with Organized Crime? Cases Studies from the Americas*. Woodrow Wilson International Center for Scholars. Washington D. C., Estados Unidos.
5. González, A. (2010). Actores y acciones colectivas en contextos de violencia prolongada. Algunos desafíos teórico-metodológicos. En A. González, *Viajeros de ausencias: desplazamiento forzado y acción colectiva en Colombia* (pp. 54-75). Madrid.

6. Hoyos, R. (2016). Los Del Sur: organización, trabajo social, comunitario y participación en política pública. En P. Alabarces, H. Reis, J. Garriga, D. Quiltlán, C. Améstica, R. Soto, Asamblea de Hinchas Azules, R. Martínez, J. Pérez, A. Amaya, J. Suzart, M. San Martín, J. Roa, B. Vélez, V. Moreira, Y. Tapia, C. Vergara, B. Guerrero, R. Fortes, A. Panfichi, F. Carrión, S. Ponce, E. Valenzuela, R. González, C. Matus, A. Vilanova, N. Puig, A. Ayala, J. Parvez y P. Romero, *¿Quién raya la cancha? Visiones, tensiones y nuevas perspectivas en los estudios socioculturales del deporte en Latinoamérica* (pp. 137-157). Buenos Aires: Clacso.
7. Laclau, E. (1993). Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Buenos Aires: Nueva Visión.
8. Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI Editores .
9. Londoño, A. (2011). Entre el «nosotros» y el «otros». La acción política de una barra de fútbol. *Revista de Estudios de Juventud*, 95, 109-121.
10. Melucci, A. (1991). La acción colectiva como construcción social. *Estudios Sociológicos*, 9 (26), 357-364.
11. Moreno, R. (2003). Conflicto y violencia urbana en Medellín desde la década del 90: algunas valoraciones . En J. Balbín, *Violencias y conflictos urbanos: un reto para las políticas públicas* (pp. 193-232). Medellín: Instituto Popular de Capacitación.
12. Rancière, J. (2004). Política, identificación, subjetivación. *Metapolítica*, 8 (36), 26-32.
13. Retamozo, M. (2009). Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*, 51 (206), 69-91.
14. Sierra, J. (1 de mayo de 2015). Amor por el verde, una cuestión de orden Nacional. *As Colombia*. Recuperado de <https://bit.ly/3a1uxFy>.